



RETRATOS HABLADOS (Fernando Vallejo, Barbet Schroeder, Luis Ospina)

Por Sandro Romero Rey
(inédito)

1. *Justifico*

Por algo que no podemos culpar sino al azar maravilloso, he conocido y he sido amigo, en distintas épocas de mi vida, del realizador colombiano Luis Ospina, del director de cine ciudadano del mundo Barbet Schroeder y del hombre del renacimiento (escritor, biólogo, cineasta, pianista, físico), colombianísimo, radicado en México, Fernando Vallejo. Por distintas razones, el río del tiempo nos ha arrastrado y nos ha unido en distintos lugares del mundo, por pura coincidencia. Nunca nos hemos puesto citas, ni nos hemos propuesto realizar trabajos en los que nos sintamos comprometidos, ni mucho menos llegamos juntos a las reuniones o a las fiestas. De manera natural, nos hemos encontrado en aeropuertos, noches de excesos, almuerzos protocolarios o hipódromos abandonados, de manera natural, como quien tiene una cita tácita con el destino. Y el destino ha hecho que estos tres creadores se hayan involucrado en proyectos comunes, en proyectos que aglutinan una estética común.

He visto, luego de prestar mi voz enguayabada, el extenso, intenso documental sobre Fernando Vallejo titulado *La desazón suprema: retrato incesante de Fernando Vallejo*.(2003). Meses atrás le había dicho a Poncho (como lo conocemos en confianza sus compinches) que quería colaborar, de alguna manera, en esa aventura. Una semana después, me propuso que hiciera la voz en off con los textos de las distintas novelas de Fernando. La idea me pareció fantástica y, a los diez días, grabamos unas treinta páginas de distintos fragmentos de sus libros alucinados. Yo acababa de llegar del D.F. y, de cierta forma, quería contener dentro de mí el tono agudo y juguetón de Vallejo. Los textos salieron veloces, casi con ira y ni siquiera el cruda feroz que me atormentaba pudo interrumpir la borrasca delirante de su autor.

Poco tiempo antes de viajar a Europa, Ospina me mostró una versión casi terminada de su *Desazón suprema*. Debo reconocer que el resultado me sorprendió mucho más de lo esperado. Los documentales sobre escritores son, por muchas razones, casi siempre, decepcionantes. En su retrato de Vallejo hay una nueva manera, una nueva actitud, una nueva ética, si se quiere, para acercarse a la piel de lo que se ha dado a llamar “un hombre de letras”. Bueno, pero de eso hablaremos más adelante. Lo que quiero explicar ahora, son las razones de estas notas sueltas.



Cuando se estrenó el documental, yo vivía en España. Escribí estas notas que ahora reviso y conservo, para nada, para el futuro, para mañana, para que la (falta de) memoria no me cuelgue. Sonríe para mis adentros, mientras pienso en los lazos comunes que nos han atado a lo largo de la vida y, sin pedirle permiso a nadie, he querido sacarlos del olvido. Porque la memoria es lo primero que se pierde. Son estas, por consiguiente, unas notas deshilvanadas y muy personales sobre tres amigos a quienes respeto y admiro, los cuales, por encima del bien y del mal, persisten en la complicidad. Y son, por encima de todo, un ejercicio contra mi propio olvido. El lector puede entrar o salir cuando quiera de estas líneas.

Cuando vio la luz, yo no sospechaba (creo que Ospina tampoco) cuál iba a ser el destino de *La desazón suprema*. Nadie sabe muy bien el destino de los documentales, ahora que el video multiplica las posibilidades de realización y de distribución de un producto. Mucho menos se puede saber el destino de un documental colombiano. De lo que sí podíamos estar seguros es de su existencia y de que pondría a saltar de sus asientos a más de uno. *La desazón suprema* habrá cumplido su cometido. Se instaló a su manera en el espinoso e indefinible terreno del azar y en esa materia candente, aterradora que se llama, en el país de Vallejo, de Ospina, en el mío “la realidad nacional”.

Pero mi historia es distinta. Cuando vi el documental de Ospina, sentí que, de alguna manera, se cerraba un ciclo en nuestras vidas. Bueno, para ser más exactos, en *mi* vida, a través de la vida de los demás. La película de los recuerdos me estimuló el juego de los vasos comunicantes y, armado tan sólo con una bocanada del aire de la madrugada, se me vinieron a la cabeza los pasos recorridos con Ospina, con Vallejo, con Barbet. ¿Cuáles pasos?

2. Vallejo

Quien escribe estas líneas, sufrió, a comienzos de la década del ochenta, de una hepatitis que lo aplastó en una cama por espacio de dos meses, época en la que uno lee a Marcel Proust, contesta correspondencia no deseada, ve todos los clásicos posibles de la historia del cine, maratones. En mi caso, el complemento a todas estas actividades vitales, especiales para no sucumbir en la palidez aciaga, fue la lectura de un libro de un desconocido autor colombiano. El libro, *El fuego secreto*. El autor, Fernando Vallejo. El efecto: una conmoción que me llegó hasta las tripas, hasta el hígado averiado, al descubrir a un escritor con una extraordinaria lucidez, con un inmenso conocimiento del oficio, pero que, al mismo tiempo, poseía una ira incontenible, mezclada con salvaje, con una capacidad infinita para buscar el escándalo y por allí, muy escondida, una tristeza innombrable. Era, como se dice en Colombia, “una loca brava”. La carátula de la edición era un cuadro del pintor Luis Caballero y eso me hizo, por partida doble, disfrutar de su lectura.



En poco tiempo, seguí devorando los libros de Vallejo (su estupenda biografía sobre Barba Jacob: *El mensajero*. La primera parte de la serie *El río del tiempo*, llamada *Los días azules*, su increíble mamotreto de gramática conocido como *Logoi...* Creo que, hasta el momento, no se conocían más). Tiempo después, me reí a carcajadas con *Los caminos a Roma*, y con los años, concluí la saga: *Años de indulgencia*, sobre sus meses podridos en una New York apocalíptica (lea usted, lector, después del año 2001 estas líneas y me dirá de qué se acuerda: “¡Qué incendio! ¡Qué esplendor! Mi vocación pirómana se supera esta noche. Se prodiga en llamas que se empinan desde abajo, de la acera, tratando de subir a mí, como lenguas de fuego más largas que las del Espíritu Santo. Lenguas viles, lisonjeras, no me vengan a decir ahora que yo soy el incendiador de Nueva York porque no se los voy a creer. Los bomberos corren de un lado al otro abajo, por la acera, desquitándoles a las llamas, desplegándome una manta: ‘Salta! Salta!’ Salto? Aí les van los zapatos, hijueputas. Aí les van las medias, hijueputas. Aí les van los pantalones hijueputas. Los calzoncillos, hijueputas”. Sin comentarios. El Ossama ben Laden de la literatura colombiana. Después vino *Entre fantasmas*. La muerte, la vejez y un México envuelto en los ecos de su propio terremoto. Concluía así la saga del tiempo de Vallejo.

Pero, un momento. Recuerda quien les escribe, que en el año 91 leyó en París una novela adicional de *El Río del Tiempo* que también se llamaba *El mensajero* también era sobre Barba Jacob y también salió, por aquella época, en Editorial Planeta. Era una especie de versión procaz de la biografía del poeta colombiano. Mucho más apocalíptica y bochinchera. ¿Qué paso con ese segundo *Mensajero*? Averígüelo, Vargas. Porque en la hermosa compilación que hizo Alfaguara de *El río del tiempo* en 1999, había desaparecido. Y ha desaparecido también la edición de Planeta. ¿Será que ya no existe? ¿Será que nunca existió? ¿Será que todo es producto de mi imaginación? No. Pero no. Por ahí figura en algunas biografías del escritor un libro que se llama *El hombre que se suicidó tres veces*. Allí queda, para los arqueólogos de la literatura vallejana.

Prosigamos el viaje. Para todos es sabido que las cachetadas de los libros de Fernando Vallejo se incrementaron, gracias a su novela *La virgen de los sicarios*. El solo título, en un país tan sagradocorazonesco como Colombia, era ya toda una declaración de guerra. ¿La Santísima Virgen, protectora de los asesinos a sueldo? ¿La Santísima Virgen culpable? ¿La Santísima Virgen cómplice? Pero como en el país de la sicaresca casi nadie lee, hubo que esperar hasta el garrotazo final de la versión cinematográfica de Barbet Schroeder, para que el escándalo tuviese sus verdaderas dimensiones. Mientras tanto, el agua sucia de los ríos de Vallejo siguió corriendo: sus *Chapolas negras*, la negra interpretación de la vida deudora del poeta José Asunción Silva. Este libro se reeditó como *Almas en pena, chapolas negras*. Para los que no lo saben, las chapolas negras son las mariposas negras que se meten en las casas y anuncian la fatalidad. En Cali, donde nació, donde nació Ospina, las chapolas eran las hojas que se repartían en las manifestaciones políticas. Hoy, las manifestaciones políticas son chapolas negras. Pero no nos desviemos. Sigamos con Vallejo. Vino también su ajuste de cuentas al autor de *El origen de las especies* con su bilioso



texto *La tautología darwinista y otros ensayos sobre biología*. Y los lectores que leen a la defensiva concluyeron: ah, se trata de un autor resentido, que quiere lavar sus inmundos trapos sucios en la cara de las gentes de bien, una loca histérica que quiere vengarse de sus padres y de su patria por no haberlo dejar que pirobearsa tranquilo en el Medellín de su infancia.

Yo mismo había pensado algo parecido, pero al revés. Cuando terminé de leer *El fuego secreto* y la hepatitis calmó sus estragos en mi hígado, pensaba mucho en la sinceridad cerrada de Vallejo y pensé que se trataba de un cacorro energúmeno que andaba lanzando ráfagas de mierda con sus palabras, para no dejar títere con cabeza. A finales de la década del ochenta, conocí a Vallejo, en una cena lánguida de teatreros elegantes. Casi se me descuelga la mandíbula cuando me presentaron al autor de *El mensajero*. Fernando venía desde México a visitar a su oculista, hablaba, mejor, preguntaba todo el tiempo, con una sonrisita traviesa, y una nada programada elegancia que lo convertía en la antítesis del narrador de sus propios libros. Yo quería que lanzara escupitajos, que violara niños en mitad de la comida, que le mentara madres al universo, en fin. Nada de eso pasó. Los años continuaron y continué combinando mis lecturas de Vallejo, con encuentros esporádicos con el escritor. Encuentros que fueron, ante todo, en fiestas y en sus conferencias incendiarias en Colombia, donde acababa hasta con el expresidente que estuviera al lado rindiéndole un homenaje. El personaje de los libros de Vallejo es el personaje de sus apariciones públicas. Y el Vallejo privado es, como dijo Churchill de Hitler, un misterio dentro de otro misterio.

Cuando se lanzó la colección completa de *El río del tiempo*, me gustó mucho la presentación que hizo del libro el director de la Biblioteca Luis Ángel Arango, Jorge Orlando Melo, cuando, citando a su esposa sicoanalista, Clarita de Melo, dijo, palabras más, palabras menos, que Vallejo era el único escritor que tenía conectado el inconsciente directo a la máquina de escribir. Hoy por hoy, el mundo ha seguido su camino. En Colombia se sigue asesinando y se sigue delinquiendo de manera impune, las únicas voces que se levantan con vehemencia son, quizás, las de Antonio Caballero desde la izquierda y la de Fernando Vallejo desde cualquier lado. Vallejo ha publicado *El desbarrancadero*, quizás su libro más atroz, sobre la muerte de su hermano, víctima del sida, y contra su propia madre, válgame Dios. *La rambla paralela* la leí en Colombia y la releí en Barcelona, sentado en la misma terraza, al frente del Liceu, donde se sentaba el difunto (?) Fernando Vallejo a beber y desintegrarse. Me gustaba ir en el metro de Barcelona y bajarme en la estación del Paral·lel y pensar en ese libro desencuadernado. En esa época y en el documental de Ospina, el autor dijo que *La rambla...* sería el punto final a su actividad literaria, porque “ya se me acabó la cuerda”. Y vino lo inesperado. Vallejo se ganó el premio Rómulo Gallegos, el que otrora se hubiesen ganado García Márquez, Vargas Llosa, Carlos Fuentes e, incluso, su coterráneo Manuel Mejía Vallejo. El premio, horror, Vallejo lo donó a una sociedad protectora de animales de Venezuela. Poco tiempo después apareció su *Manualito de imposturología física*, libro contra Einstein y Newton. Lo publicó “para



desenmascarar a esos impostores”, me dijo una vez en su morada de la calle de Amsterdam en México. Allá, en la región más transparente, iba a su casa, acompañado de nuestro amigo común Enrique Ortiga, a comer y a desarmar el universo. Vallejo es mucho más serio, mucho más trascendental, mucho más “paisa”, si se quiere, de lo que uno se imagina. Vive en un hermoso apartamento púrpura, donde lo único que le interesa en su existencia son sus perras. Quiero decir, sus animalitos cuadrúpedos, no sus borracheras. Vallejo cree que, desde hace tiempo, ya está muerto. Se ha olvidado de su carrera como director de cine en los años setenta, cuando realizó los largometrajes *Crónica roja*, *En la tormenta* y *Barrio de campeones*. El primero de ellos, fue prohibido en Colombia y sólo lo pudimos ver en el Festival de Cartagena.

Ahora, como Fernando cree que ya está muerto, se puede dar el lujo de enfrentarse al universo, saldar cuentas con las injusticias de Dios, acabar con el Papa, con los guerrilleros colombianos, con los políticos, con Octavio Paz, con Fidel Castro y seguir dedicándole las reediciones de sus libros a David Antón. Y puede llevarse la contraria a sí mismo, rompiendo su silencio literario mucho más rápido de lo esperado, con un nuevo libro: *Yo, el alcalde*, sobre las experiencias de su hermano como mandatario de un pequeño pueblo en Antioquia. Un texto travieso y genial, tan fascinante como los anteriores.

Pero Vallejo no sólo es escritor de libros, sino figura pública, a pesar de su encierro. Vallejo es escritor de columnas, de artículos feroces. Y conferencista. Un estupendo conferencista. En algún momento llegué a pensar que se debería publicar un libro con sus conferencias y artículos, pero Vallejo se niega de plano, pues los considera textos menores. Algún día saldrán, me imagino, como volverá a España, a pesar de haber dicho que no vuelve, como volvió a Colombia, rodeado de perros, a dictar una charla para la revista *El malpensante*, como siguió viviendo, a pesar de su muerte, en *La rambla paralela*.

Fernando Vallejo, hoy por hoy, por encima del bien y del mal, más del mal que del bien, es un nuevo Marqués de Sade, un *Margay* de Sade, un nuevo iconoclasta, un peligroso niño que juega con una pistola cargada en el recreo de su propia escuela. En su búnker mexicano lo he disfrutado y en su búnker mexicano hemos compartido carcajadas con, quien lo creyera, un amigo mío de 20 años atrás. Con otro cómplice de mis rutas que se llama Barbet Schroeder.

3. Barbet

La primera vez que leí el nombre de Barbet Schroeder, pensé que se trataba de una mujer. Era yo un adolescente aturdido por los excesos del rock, levitando por los aires al ritmo de la música de Pink Floyd. Y fue, gracias a Pink Floyd que descubrí su nombre. En las carátulas de los discos *More* y *Obscured by clouds* se informaba que ambos álbumes eran la banda sonora de dos películas desconocidas en mi entorno: *More* y *La Vallée*. A comienzos de la década del



ochenta, Barbet Schroeder fue invitado al Festival de Cine de Cartagena, con su película *Tricheurs*. Allá estuvo, acompañado de su esposa, la actriz Bulle Ogier. También, escondido en su timidez y en sus programadas inseguridades, estaba a su lado el inmenso Néstor Almendros. Eran los tiempos fantásticos del Festival costeño: maravillosos invitados, fiestas estupendas, Víctor Nieto Jr. en todo su esplendor, películas de todos los rincones del universo. Al mismo tiempo, era la época de Focine y la época en la que en Cali, mi ciudad, se filmaba sin parar, hasta el punto que nos autodenominamos Caliwood, para hacer rabiar a los envidiosos. Barbet Schroeder se enamoró de nuestra fiesta sin fin y decidió ir a visitar ese extraño paraíso desconocido situado en el occidente de Colombia.

No recuerdo ningún diciembre, ninguna Feria de Cali desde mediados de los años ochenta, en el que no estuviera la inmensa y traviesa figura de Barbet Schroeder. Todo le encantaba: los toros, las rumbas frenéticas en las que no se dormía nunca, Juanchito, la salsa, el ejército de mujeres perfectas. Tanto le gustó Cali, que soñó con hacer una película en nuestro país. Estuvo alguna vez con el guionista norteamericano Myron Meisel, a quien dejamos abandonado en un prostíbulo que se engalanaba con un Buda con la barriga astillada por un tiro. Estuvo con Néstor Almendros mirando locaciones y presentando una extensa retrospectiva del gran fotógrafo. Visitó la Hacienda El Paraíso durante el rodaje de la película *En busca de María*. Escandalizaba a las niñas en las fiestas con una perilla anal. Conocimos, gracias a él, a la artista Sophie Calle, obsesionada por los pelos de los muertos y por los culos de los toreros. Llegaba en cualquier momento, antes del rodaje de *Barfly*, antes de amenazar con cortarse el dedo con una sierra eléctrica frente a Menahem Golan, después del éxito de *Barfly*. Pareciera como si Barbet necesitara de Colombia para ser feliz.

Pero su pasión por nuestro país no era gratuita, ni reciente. Era un impulso que venía de mucho tiempo atrás, de su pasado más remoto. En la medida en que fue creciendo nuestra amistad, supimos que Schroeder, hijo de geólogos suizos, había vivido varios años de su infancia en Bogotá, años decisivos en su vida. Había sido testigo, desde la ventana de su apartamento de niño en la Carrera Séptima, del cataclismo del 9 de abril de 1948. Desde allí, cuenta, vio a un hombre corriendo con una nevera. El dueño de una tienda fue tras él y le cortó la cabeza de un machetazo certero. El hombre de la nevera alcanzó a seguir corriendo, sin cabeza y sin soltar su botín, por varios metros.

Barbet, con la cabeza bien puesta, siguió viniendo también a varios Festivales de Cartagena y organizaba complots sin que nadie se diera cuenta. Cuando supo que la delegación cubana iba a sabotear un film del exilio titulado *El Súper*, en 24 horas se comunicó con una veintena de amigos intelectuales de todo el mundo y firmaron un documento de apoyo a Orlando Jiménez y su equipo de realización. Desde esa época, con el misterio que siempre lo ha acompañado, comenzó a gestar “su película colombiana”. Trabajó en la preproducción de un guión llamado *Machete*. Volvió a Cali para mirar locaciones con Néstor Almendros. Meses después, supimos que la idea se había caído, por esas razones inconcebibles por las que se caen los proyectos cinematográficos.



Los años pasaron y, del director y productor europeo famoso que había sido (el productor de Rivette y de Rohmer, el realizador de las citadas *More* y *La Vallée*, de la demoledora *Maîtresse* – su absoluta obra maestra de este período - , del documental sobre *Idi Amín*, de la curiosa *Kokó, el gorila que habla...*) pasó a ser un prestigioso director de Hollywood, gracias a Bukowski y su alcohólica *Barfly*, gracias a la elegante *El misterio von Bülow*, a *Mujer soltera busca*, a *El Beso de la muerte*, a *Antes y después*, a *Medidas desesperadas*. A finales del milenio, antes de que la vida le hiciera una mala jugada, Barbet Schroeder cerró los ojos, quemó sus naves en Hollywood y se decidió de nuevo por Colombia. Esta vez, de manera definitiva. Y descubrió (gracias a Luis Ospina, eso lo supe después), los libros de Fernando Vallejo. El impacto fue total y, sin perder un instante, tomó un avión para México y se encerró en el apartamento del escritor para adaptar *La virgen de los sicarios*. Con toda la discreción del universo y con el guión debajo del brazo, Barbet viajó a Medellín, hizo preproducción, comenzó el rodaje con un pequeño grupo de franceses, pero todos lo abandonaron. Terminó la filmación con el alegre equipo de colombianos que trabajaron con Ospina en la película *Soplo de vida*. Como dato curioso, fue el primer largometraje filmado en video de alta definición, luego transferido a 35 mm.

Es una lástima, pero después de *La virgen...* Barbet no ha querido volver a Colombia, por razones de seguridad. Pero le he seguido viendo, de manera muy extraña, en distintos lugares del mundo: en New York, en el 2001, en un concierto de Richie Ray en el Carnegie Hall. En México, en casa de Vallejo, luego de haber visto *Cálculo mortal*, su última película, con Sandra Bullock. En Miami, haciendo la preproducción de su nuevo largo. Extrañas coincidencias. A veces pienso que lo persigo sin darme cuenta.

La Virgen de los Sicarios fue estrenada en el Festival de Venecia del año 2000. Allá fui a acompañarlos, como se dice en mi ciudad, “a hacerles barra”. En Venecia, rodeado de sus ninfas y de sus carcajadas, también estaba Luis Ospina. Es muy gratificante ver una película colombiana coronándose en un Festival. La misma experiencia la había vivido, en 1998 con *La vendedora de rosas* de Víctor Gaviria en Cannes.

Por haber sido una curiosidad inolvidable, tomemos una góndola y vayámonos para Italia.

4. Muerte (Paisà) en Venecia

“*La juventud apasionada e iconoclasta se siente atraída por lo problemático*”.
Thomas Mann, *Muerte en Venecia*

Llegar a la 57 Mostra Internazionale d'Arte Cinematografica (la Biennale di Venezia) siguiendo los pasos de una película colombiana, no dejaba de tener un tono algo aventurero. Pero emociona, así uno se empeña en pasar desapercibido, en “hacer el Festival” tratando de no pensar demasiado en



Barbet Schroeder, en los sicarios, en Vallejo. Sin embargo, nuestro epicentro espiritual estaba allí y apenas pisamos la ciudad de los canales, nos comenzó a oler a Colombia por todas partes.

Y olía a Colombia porque *La Vergine dei sicari* era un film bastante sui generis por muchas razones pero, muy en especial, porque se trataba de una película que no se parecía a nada y que retrataba un mundo siniestro, venido de un país que en Europa se mira como si fuese el hábitat de los extra terrestres. Pero de los extra terrestres podridos, donde pernocta la maldad y donde los vicios más siniestros de la condición humana allí se dan asiento. Y la obra de Schroeder lo corroboraba. Gran curiosidad había antes de la *première*, y se sospechaba que se iba a llevar el León de Oro. Pero no había que llamarse a engaños: allí estaba también en concurso Robert Altman con *Dr. T and the women*, la hierática *Freedom* de Sharunas Bartas, *Selon Matthieu* de Xavier Beauvois, los adorados chinos Fruit Chan Kuo y Jia Zhanke, los anfitriones Guido Chiesa, Carlo Mazzacurati y Gabriele Salvatores, el nuevo Stephen Frears (*Liam*), el hindú Buddhadeb Dasgupta, el coreano Kim Ki-Duk, la australiana Clara Law, el inmenso Manoel de Oliveira (sigue pareciendo que fuese inmortal) y su compatriota Joao Pedro Rodríguez, el iraní Jafar Panahi, la inglesa Sally Potter, el ciudadano del mundo Raúl Ruiz, el norteamericano Julian Schnabel y su versión del libro de Reinaldo Arenas *Before Night Falls...* en fin. La competencia era dura, pero Barbet y su equipo llegaron a la Mostra sin ocultar el rostro del triunfo. Del triunfo, porque el premio, sin lugar a dudas, era poder haber terminado una película tan peligrosa y provocadora como *La Virgen de los Sicarios*. Tanto o más que la novela de Fernando Vallejo sobre la cual se inspira. Digo tanto o más, porque en Colombia, como ya dije, se lee muy poco, pero sí se va al cine y esta cachetada moral que representaba este film iba a pararle los pelos a más de un intransigente.

Pero no todo era la competencia. Estaba el gran homenaje a Clint Eastwood, el estreno de *Small Time Crooks* de Woody Allen, quien ya se ha convertido en asiduo visitante de honor en cada cita cinéfila veneciana, el descubrimiento de nuestro adorado Claude Chabrol (quien estaba en el jurado y estrenaba su más reciente film, *Merci pour le chocolat*), el lanzamiento de Antonio Canales como actor en *Vengo* del franco argelino Tony Gatlif, lo nuevo del delicioso Takeshi Kitano (quien ya había ganado el León de Oro del 97 con *Hanna-Bi*) llamado *Brother*. Y estaba también la expectativa del inmenso fresco de más de cuatro horas sobre la historia del cine italiano realizado por Martin Scorsese (*Il mio Viaggio in Italia*, que finalmente no se presentó, por problemas de derechos), así como el “Buena Vista Social Club” del latin jazz (*Calle 54* de Fernando Trueba). Así las cosas, el banquete cinematográfico estaba completo, con otras secciones como *Sogni e Visione* (allí estaba, entre otros, el argentino Marcelo Piñeyro y su nuevo film *Plata Quemada*), las veinte películas de la sección *Cinema del Presente*, los Programas especiales (entre ellos, el documental *Fellini racconta – Un autoritratto ritrovato*, que no necesita presentación), los *Nuovi Territori* en cortos y largos, la Semana de la Crítica, los films recuperados... En otras palabras, si uno se quería olvidar del mar, allí estaba el



Festival para ayudarnos. Aunque Venecia es más manejable, menos *smokings* y aparataje como sucede en Cannes. Es un Festival que le recuerda a uno a San Sebastián, por la frescura y la alegría permanente de sus organizadores. Allí había de todo, hasta estupendos documentales como *My Generation* de Barbara Kopple, sobre la historia secreta de los tres festivales Woodstock o *Pie in the Sky: The Brigid Berlin Story*, sobre una de las *stars* de Andy Warhol. Y también había exposiciones y obras de teatro y buenas fiestas. Venecia era un encanto.

Allí llegamos. Con la expectativa de ver *Pollock*, la película actuada y dirigida por Ed Harris sobre el gran Jackson, con la fatal premonición de echar los amores por la borda, con una reconfortante sensación de estar viviendo unas vacaciones del alma. Había un buen clima para esta cita veneciana y la Mostra nos recompensó con creces.

Además, era la primera vez que una película *colombiana* estaba compitiendo en Venecia. Sí, colombiana. Porque aunque Barbet Schroeder nació en Teherán, se educó en Suiza, vivió la Nueva Ola en París y se consolidó como realizador en Africa (con su película sobre Idi Amin), Oceanía (con *La vallée*) y Hollywood (con las que todos conocen, conocemos), él se ha sentido desde hace muchos años de nuestro país y la película huele a Colombia hasta las entrañas. *La Virgen de los Sicarios*, en la cita italiana, estaba dándole un triunfo al cine de estas latitudes. Al ser escogida en la competencia, estaba equiparando los dos goles que Víctor Gaviria convirtió en Cannes con *Rodrigo D.* y *La Vendedora de Rosas*.

¿Qué pasó, finalmente con *La Virgen*? Pasó lo que tenía que pasar. Yo recordaba la reacción del público mexicano, tras el estreno de *Los olvidados* de Buñuel, cuando las señoras querían matar al realizador, por haber “traicionado la patria” y luego callarse cuando el film ganó la Palma de Oro en Cannes. La película se presentó en horas de la mañana para los periodistas y, a mediodía, fue la rueda de prensa. En la mesa, estuvieron Barbet, siempre sonriente, Vallejo, como el niño malo del paseo y el actor Germán Jaramillo, serio y nervioso, como un actor del Teatro Libre de Bogotá. A mí se me había olvidado lo católicos que son los italianos. A la primera pregunta de una señora de *L'osservatore romano*, Vallejo, hablando italiano mejor que los italianos (en otra vida, él había estudiado cine en el Centro Sperimentale di Cinematografia), se desgranó en una de sus retahílas demoníacas, despotricó de todo el mundo y, palabras más palabras menos, terminó diciendo que el Papa tenía el Mal de Alzheimer y que el mundo estaba jodido por su culpa. La señora de *L'osservatore romano* se puso furiosa y se retiró de la rueda de prensa, con otros diez periodistas. Barbet y Vallejo reían felices. La *première* fue esa misma noche. Yo empecé a temer que los fundamentalistas católicos fuesen a sabotear la proyección. Me preparé con piedras en los bolsillos, listo para librar la batalla contra la godarria. Pero, el resultado, fue completamente distinto. Ovación cerrada. Cinco, diez minutos, después de la presentación, el público de pie, aplaudiendo a Barbet, a Fernando, que no sabía dónde esconderse, a Germán Jaramillo, quien nunca pensó que ese riesgo que había corrido en la vida le iba a



representar tantas satisfacciones. A la salida, la gente nos miraba a los colombianos como bichos raros. “De verdad es así la vida en su país?”, nos preguntaban. “Así no es”, contestábamos. “Es peor”. O sea que mucho cuidado con nosotros, italianitos güevones, porque los pasamos al papayo. Somos peligrosísimos.

Los días pasaron y había aroma de León de Oro. Ninguna de las películas en competencia le daba la talla a *La virgen...* Pero no. No ganó. Las películas orientales seguían marcando la parada en los festivales y oriental fue la película que ganó. A Barbet le dieron la medalla de oro del Senado de Italia. Nunca supimos cómo leer ese premio. Pero el verdadero premio lo recibió el film cuando fue estrenado en Colombia y se levantaron las voces del establecimiento y pidieron a gritos que se saboteara su exhibición. Por fortuna no fue así. No hubo bombas en los teatros, no hubo amenazas, no hubo resentimientos. Hoy por hoy, *La virgen de los sicarios* es un clásico del cine colombiano. Una película única, insustituible y, de todas maneras, necesaria.

En el año 99 estuve un par de días en el rodaje del film en Medellín. Allí estaba Luis Ospina, dirigiendo eso que ahora se llama el *Making of...* de un largo. Esto es, el documental entre bambalinas de un rodaje. Creo que, en ese momento, comenzó a gestarse la idea de hacer un extenso documental sobre Fernando Vallejo.

5. Ospina

En 1980, Luis Ospina dirigió su primer largometraje (*Pura sangre*) y se demoró diecisiete años para rodar el segundo (*Soplo de vida*). Sin embargo, antes y después de estas fechas, ha desarrollado una de las carreras como documentalista más interesantes del cine colombiano. En 1971, junto a Carlos Mayolo, realizó la película *Oiga vea*, contra los Juegos Panamericanos de Cali. En 1973, un corto sobre la Feria de nuestra ciudad, titulado *Cali: de película*. Luego vino un argumental, *Asunción*, hasta que, en 1978 saldría a la luz su primera obra maestra, *Agarrando pueblo*, el film iconoclasta contra los usurpadores de la miseria. Estas películas marcaron la contracorriente del cine colombiano. Eran trabajos juveniles, llenos de energía y de irreverencia, hijos, de alguna manera, de la actitud generacional gestada alrededor del Cine Club de Cali, de la revista *Ojo al cine* y de la figura fascinante de Andrés Caicedo, quien se suicidase en 1977, cuando tenía 25 años.

Pura sangre fue el primer largometraje producido por la Compañía de Fomento Cinematográfico de Colombia y fue la primera película de género que se aventuraba en el país. Un film de vampiros en el trópico, con salsa, drogas y corrupción. Pero Ospina quedó defraudado de su aventura en la ficción argumental de largo aliento y se concentró en la realización de documentales. Primero fue *En busca de María*, sobre el primer largometraje filmado en Colombia, hoy desaparecido. Después, su inmenso fresco sobre su generación



titulado *Andrés Caicedo: unos pocos buenos amigos*. Más adelante, su hermoso recorrido por la vida del compositor caleño Antonio María Valencia, fundador del Conservatorio local, llamado *Música en cámara*. Cuando comenzaron los canales regionales de televisión, Ospina estuvo al frente de la consolidación de un lenguaje moderno para indagar en la piel de una ciudad e hizo trabajos memorables, como la trilogía *Al pie*, *Al pelo* y *A la carrera*. Realizó divertimentos como *Arte sano cuadra a cuadra* o su gigantesca *Cali: ayer, hoy y mañana* de seis horas, su *Berlin Alexanderplatz*. Pero quizás su documental de mayor dimensión es el retrato que hace del pintor Lorenzo Jaramillo en *Nuestra película*, durante los días anteriores a su desaparición, canto del cisne de un artista, enfrentamiento a las huellas del sida, oda a los sentidos y a los placeres estéticos.

En 1997, su hermano Sebastián lo eligió para que rodara su premiado guión conocido como *Adiós, María Félix* y que luego terminaría llamándose *Soplo de vida*. De nuevo, el coqueteo con los géneros, esta vez con el thriller, con el cine negro, con la Serie B. Detrás de una compleja estructura, estaba la intención de retratar una ciudad, Bogotá, a través de sus personajes, de sus atmósferas sombrías, de su secreto mundo de horrores cotidianos. Otro nuevo esfuerzo sobrenatural, que terminó en una nueva decepción. Cansado de los largometrajes de ficción, Ospina regresó a los documentales, ahora con el desafío de agarrar el toro de Fernando Vallejo por los cuernos.

Conozco a Luis Ospina desde hace muchos años, muchos años antes de que él me conociera. Yo era de “las ligas menores” del Cine Club de Cali y, allí, en mi primera adolescencia, lo veía con admiración, acompañado del Sumo Pontífice Andrés Caicedo, y de la borrasca de juventud y belleza que era Carlos Mayolo. En 1979, en un Festival de Cine de Cartagena, nos hicimos amigos. El vivía con la artista Karen Lamassonne quien, años después, sería mi cómplice incondicional. Podría atreverme a decir que él es, como dicen las niñas bien, “mi mejor amigo”. Aunque, no sé, uno a “su mejor amigo” le cuenta todo y yo a Luis, a Poncho, casi no le cuento nada. Él tampoco. Desde hace muchos años (primero en Cali, ahora en Bogotá) nos reunimos en su casa y permanecemos en silencio, con una permanente sonrisita en los labios, bebiendo el trago que nos corresponda y sintiendo el inexorable paso del tiempo. De las fiestas de Sodoma y Gomorra que hemos organizado, quedan fabulosos recuerdos, recuerdos que se repiten ahora, en nuevas fiestas y con nuevos ritmos, ahora mucho más electrónicos. Nunca nos hemos dejado vencer por el cansancio y ambos tenemos el demonio del mediodía intacto, nos gusta la misma música, más o menos las mismas películas, el mismo tipo de mujeres.

Y, es curioso, pero en el conjunto de su obra, a pesar de la considerable colección de féminas que le he conocido a lo largo de su vida (“el capitán Misterio”, lo llamaba Carlos Mayolo), es muy escasa la presencia de las mujeres en ella. Al contrario, sus documentales y sus ficciones están plagados de homosexuales: *Pura sangre* es la historia de unos violadores de niños. Antonio María Valencia, Lorenzo Jaramillo, Fernando Vallejo, eran, son, homosexuales.



En *Soplo de Vida*, Robinson Díaz es la loca mayor, la infeliz María Félix. Casi que pareciera la obra de un director gay. Muy astuto, ahora que lo pienso. Es la mejor manera de camuflarse, para poder dar sus zarpazos de manera certera.

No puedo, no debo decir mucho sobre *La desazón suprema: retrato incesante de Fernando Vallejo*. Puedo comentar, simplemente, que, al verla, tuve la misma sacudida del hígado que tuve cuando leí *El fuego secreto* en Cali, cuando vi en París, por primera vez, *Nuestra película*, el documental sobre Lorenzo Jaramillo. Hay una gran precisión en la escogencia del material, un humor envidiable, una capacidad cómplice para la diatriba y un acople perfecto con la realidad de su personaje. De hecho, además, Ospina no se limita a dejar que Vallejo lance sus andanadas, sino que él, como realizador, toma también partido, lo apoya con las imágenes: si Vallejo dice “Tirofijo”, en la pantalla sale Tirofijo, si Vallejo dice “Fidel Castro”, en la pantalla sale Fidel Castro... y García Márquez. De otro lado, en términos visuales, *La desazón suprema* tiene recursos mucho más frescos, mucho más modernos, si se quiere, que lo convierten en un trabajo de gran limpieza y de efectivos logros plásticos. El documental se ha convertido, rápidamente, en un clásico. Luis viaja por todo el mundo, invitado para presentarlo. Parece un director de la *Pink connection*.

Es el final de un camino y es el punto de cruce de muchos otros. Hoy, aquí, entre estas líneas, he descubierto de qué manera se unen *Maîtresse* y *Los días azules*, *Pura sangre* y *Barfly*, *La virgen de los sicarios* y *La desazón suprema*. El tiempo, el río del tiempo, ha terminado por juntarlos. Dios los cría y el diablo los junta, como decían nuestros abuelos. Fernando Vallejo, Barbet Schroeder y Luis Ospina se han salido con la suya. Han logrado unirse a través del lenguaje de la provocación, a través de la irreverencia y a través del humor, este último, único antídoto que nos queda para soportar lo que se viene.

P.D. (17,07,07): Y lo que se vino fue *La puta de Babilonia*, *Un tigre de papel*, *L'avocat de la terreur*. Tres títulos, tres autores, tres evidencias de cómo la rueda de la creación sigue girando, aunque la de la vida siga siendo cada vez más lenta.

(Barcelona, 31 de julio de 2003. Bogotá, 20 de febrero de 2007.)